

I

LA TEMPRANA EDAD MEDIA

Por Karl Amon

§33

Renovación del imperio y de la Iglesia con los francos

En el reino de los francos el mayordomo Pipino el Medio consiguió, hacia el año 700, el pleno control sobre la realeza merovingia. Su hijo bastardo Carlos Martel, que le sucedió el año 714, recompuso el reino, y pudo incorporar Turingia y partes de Frisia. Los compañeros de armas que le siguieron a las regiones conquistadas, y que se convertirían en la «aristocracia del reino carolingio», fueron recompensados por sus servicios militares con exenciones fiscales, con las propiedades de los adversarios y con los bienes eclesiásticos, que habían crecido muchísimo desde los tiempos de Clodoveo. Carlos Martel llevó a cabo una secularización de bienes eclesiásticos o nombró obispos y abades a sus compañeros de armas. Esta «secularización» trajo consigo el desmoronamiento del orden eclesiástico, la disolución de la constitución metropolitana y el salvajismo moral, especialmente en las tierras sometidas recientemente. Aquellas maneras de proceder se daban la mano con una religiosidad fuerte, que comparaba con gusto la guerra y a los guerreros con modelos viejotestamentarios y que se había configurado ya en los tiempos merovingios.

Carlos Martel falleció el año 741. De sus hijos Carlomán y Pipino, el primero terminó la sumisión de los alamanes y, principalmente por motivos religiosos e imitando a los reyes anglosajones, se hizo monje en Monte Casino. En el tiempo de estos dos soberanos, la restauración del reino de los francos dio como frutos la misión dentro de las fronteras del reino y la reforma de la Iglesia practicada por san Bonifacio.

§34

La misión anglosajona: san Bonifacio

En el siglo VIII actuaron diversas fuerzas misioneras: la influencia de la población romano-cristiana, las empresas de los francos, los escotoirlandeses, cuya *peregrinatio sancta* recogió también el grupo más

reciente: los anglosajones. El objetivo último de éstos era la conquista de la Sajonia continental, de la que eran originarios. En cambio, para el futuro de la Iglesia occidental fueron más importantes sus grandes esfuerzos para organizar la Iglesia, y su estrecha vinculación con Roma.

Al principio, sólo se podía trabajar en las fronteras del reino franco. Tanto entre los frisios como en la margen derecha del Rin, en Maguncia, Worms y Espira había trabajado con anterioridad una misión antigua. Predicó a los frisios Wilfrido de York (678-679). Dado que Radbodo, enemigo de los cristianos, se hizo rey, Wilibrordo, discípulo de Wilfrido de York, sólo pudo trabajar en la Frisia suroccidental (Amberes), dominada por los francos, pues gozó de la protección de Pipino el Medio. La actuación de su compañero Suitberto y de los dos hermanos Ewaldos, también anglosajones, en la parte occidental de Munsterlandia, terminó a causa de una expansión sajona. Wilibrordo había recibido en Roma la bendición y el envío del papa (692), y la dignidad de arzobispo misionero (695); y fijó su sede en el castillo franco de Utrecht, pero la muerte de Pipino el Medio (714) significó la ruina de su obra. Cuando Carlos Martel restauró la soberanía franca tras la muerte de Radbodo (719), pudo comenzar de nuevo la misión. Aunque no llegó a convertirse en realidad la nueva provincia eclesiástica que Wilibrordo tenía en mente, éste creó las bases del obispado de Utrecht. Falleció el año 739 (su tumba se encuentra en Echternach).

El misionero anglosajón más importante, Winfrido, vino por primera vez a los frisios cuando tenía 40 años de edad, y la resistencia de Radbodo impidió el éxito. Cuando Winfrido abandonó definitivamente su patria (718) fue primero a Roma, y recibió de Gregorio II (715-731) la misión y el nombre de Bonifacio. Ante la situación reinante en Frisia, se dirigió a los turingios, situados al sur de Sajonia, con los que Wilibrordo había entablado ya relaciones muy prometedoras. Ejerció resistencia aquí un clero ya existente («degenerado»). La muerte de Radbodo (719) le abrió el camino hacia los frisios, pero Bonifacio se separó de nuevo de Wilibrordo ya el 721. En el Lahn superior consiguió grandes éxitos misioneros. Apoyado por el jefe de las tropas francesas, Bonifacio fundó su primer monasterio en el castillo en Ameneburgo. En su segundo viaje a Roma (722), Bonifacio fue consagrado obispo por el papa. Durante esa consagración, aquél, imitando el modelo de los obispos sufragáneos de Roma, hizo juramento de obediencia especial por el que él y su territorio de misión quedaban ligados estrechamente a Roma. La recomendación pontificia consiguió una carta de protección de Carlos Martel, con lo que Bonifacio quedaba equiparado por completo a Wilibrordo. En el intenso trabajo misionero realizado a continuación en Hessen, cortó la encina de Donar, en Geismar, y con su madera se hizo la primera iglesia de Fritzlar. Una fundación monástica consolidó lo conseguido. En la Turingia

nororiental había que conjurar la influencia de los sajones paganos, y así nació el monasterio de Ohrdruf. Bonifacio recibió el año 732 de Gregorio III el palio y la dignidad arzobispal, ambas distinciones pasaron posteriormente a todos los metropolitans francos y dieron origen a un nuevo poder metropolitano determinado por Roma. No fueron los éxitos misioneros, sino sus grandes planes de organización los que despertaron la animosidad de los obispos de la zona del Rin. No se pudo llevar a cabo el plan de una provincia eclesiástica que debía comprender la mayor parte de la región franca situada a la derecha del Rin (salvo Alamania y Baviera).

Bonifacio apuntaló la posición alcanzada. Con ayuda de fuerzas anglosajonas nacieron monasterios femeninos (Tauberbischofsheim, Kitzingen, Ochsenfurt). La campaña contra Sajonia, fijada para el año 738, parecía acercar de nuevo el viejo objetivo. En su tercer viaje a Roma (737-738), Bonifacio fue nombrado legado para Germania, pero ahora quedaban incluidas también Alamania, Baviera y Sajonia. Sólo en parte se llevaron a la práctica los grandes planes de aquellos años. Bonifacio creó el 739 la división eclesiástica de Baviera con el obispado de Ratis-bona, ya de larga historia, el de Salzburgo, el de Freising y el de Passau. Dos años después, cuando Carlomán, hijo de Carlos Martel, consiguió el este y apoyó con todas sus fuerzas al legado pontificio, se fundaron obispados en Wurzburg, Buraburgo (Fritzlar), Erfurt y, finalmente, también en Eichstätt, en Nordgau, que acababa de pasar al poder de los francos. Sajonia no había sido conquistada.

También diversos concilios de reforma —el franco (743), el austrasio y el neustrio (ambos el año 744)— estuvieron dedicados a labores de organización y de corrección de abusos. El último tuvo una gran repercusión sólo en Austrasia bajo Carlomán. En el concilio general franco, celebrado el año 745, se le asignó a Bonifacio Colonia como sede metropolitana, con lo que quedaba apartado su principal adversario, el obispo Milón de Tréveris con su obispado. El plan fracasó y tampoco se llegó a conseguir, en la parte occidental del reino, la restauración de las metrópolis de Ruán, Reims y Sens. Bonifacio mismo recibió en 746-747 el obispado de Maguncia. Un concilio del año 747 reunió de nuevo las fuerzas de la reforma de ambas partes del reino, pero la retirada de Carlomán aquel mismo año les privó del principal apoyo. En su condición de soberano único, Pipino el Breve debió hacer gala de una gran prudencia.

Presumiblemente, Bonifacio tampoco practicó la unción regia de Pipino, en contra de lo que afirmaron posteriores anales del reino.

Bonifacio siguió como arzobispo y legado, pero sus últimos años se vieron ocupados, preferentemente, por las atenciones a su estrecho campo de Hessen-Turingia, y por el apoyo a sus colaboradores. El monasterio de Fulda (su primer abad fue el bávaro Sturm), fundado el año 744 como centro monástico, recibió la exención (751). Bonifacio se las arregló para

que su colaborador anglosajón Lul le sucediera en Maguncia; en Utrecht pudo afirmar su derecho, y logró que la abadía de San Martín pasara a su discípulo franco Gregorio. Aquí, donde él había comenzado su trabajo, padeció el martirio el 5 de junio del año 754, en una emboscada que le tendieron unos paganos. En cumplimiento de sus deseos, fue enterrado en Fulda.

Bonifacio aparece como un foco de luz en la historia, no sólo por su obra, sino también por las cartas que de él han llegado hasta nosotros. Junto a sus grandes prestaciones, hay que señalar su extraordinaria capacidad para entablar contactos y para conservarlos. Tanto en Inglaterra como en sus nuevas regiones de misión consiguió colaboradores y colaboradoras a los que hizo sitio en su obra. Y precisamente por eso pudo hacer frente a las animosidades que encontró en el episcopado; y gracias a todos esos colaboradores pudo crear una obra que representa la mayor realización misionera para Alemania, una de las mayores acciones misioneras de toda la historia de la Iglesia y un factor decisivo para el desarrollo del reino franco y de Europa.

§35

Alamania y Baviera

El trabajo misionero entre los alamanes comenzó en fechas más tempranas (Columbano, Galo). El obispado de Constanza se había convertido en el centro más importante. En el siglo VIII se ilumina la oscuridad cuando aparecen centros eclesiásticos: Neuburgo en Staffelsee, Epfach en Lech, y los monasterios de Füssen y Kempten, en el norte de la región originaria de Ellwangen. El obispo Pirmino, cuyo origen se discute todavía hoy, fundador del monasterio insular de Reichenau (724-725), y su círculo trabajaron aquí y mediante otras fundaciones y reformas de monasterios. La *Lex alamannorum*, de la primera mitad del siglo VIII, presupone ya una Iglesia organizada.

En Baviera, una serie de importantes figuras episcopales habían conseguido la cristianización hacia el año 700. En la segunda mitad del siglo VII, encontramos en Ratisbona a Emmeram, que encontró la muerte en extrañas circunstancias en un conflicto con la familia ducal, y a primeros del siglo VIII encontramos al obispo monástico Erhard. En Salzburgo, con el poderoso apoyo del duque Theodo, el obispo Ruperto, originario de Worms, que se contará entre los nobles de la oposición anticarolingia, fundó hacia el año 696 el obispado al que se asignó la tarea de integrar a la población romana y más tarde la misión de los eslavos. En Frisinga trabajó Corbiniano, originario de Melún, provincia de Sens, después del año 700. El duque Theodo y el papa Gregorio II confeccionaron el año 716 un plan

para la organización de la Iglesia en el que se preveían cuatro obispados y un metropolitano; pero no se llevó a la práctica. En cualquier caso, las residencias ducales de Ratisbona, Salzburgo, Frisinga y Passau tenían obispos mucho antes de que Bonifacio ordenara los obispados el año 739. Bajo el escoto-irlandés Virgilio (745-784), adversario de Bonifacio, Salzburgo se hizo cargo de la cristianización de los eslavos de los Alpes, que se habían dirigido a Baviera para pedir ayuda contra los ávaros. El principal predicador de la fe fue el obispo Modesto. Cuando Carlomagno venció a los ávaros, esta misión se extendió a Panonia, y más tarde prevaleció contra los misioneros bizantinos Cirilo y Metodio. Sucumbió en Panonia por la incursión de los húngaros hacia el año 900. Con los eslavos de Panonia fueron misionados también los ávaros, sus dominadores de otro tiempo, pero desaparecen de la historia en el siglo IX.

§36

Sajorna

Dificultades especialmente graves rodearon a la misión entre los sajones, los únicos que podían hacer la competencia a los francos como pueblo cabecilla de los germanos. Determinados misioneros, entre los que podemos mencionar a los dos hermanos Ewaldos, a Suitberto, a Lebuino, Willehad, Sturm, Liudgero, trabajaron entre ellos; sus actuaciones llegan en parte hasta la misión mediante la espada fomentada por Carlomagno y se unieron a ella. Ya Bonifacio había pedido al papa Gregorio II la encomienda de la correspondiente tarea; y se conoce el vivo y crítico interés de Alcuino, que ponía su mirada ya en misiones más distantes: en los eslavos del Elba y en los daneses. La larga guerra de Carlomagno (772-804), según Einhard la más dura de cuantas pelearon los francos, adelantó a un primer plano la idea de la cristianización. Los primeros grandes éxitos desembocaron en la dieta de Paderborn (777), en la orden de que todos los sajones se hiciesen cristianos, en los bautismos masivos y en la división en distritos de misión. El levantamiento que tuvo lugar bajo Widukindo (782-785) hizo que Carlos abandonara la lejana Hispania y se ocupara otra vez de Sajonia, lo que trajo consigo la ejecución de 4500 supuestos «rebeldes» contra la soberanía de los francos y contra el cristianismo (baño de sangre de Verden, 782). Esto fue más una matanza legal que un martirio en favor del paganismo. Pero el levantamiento fracasó y terminó con el bautismo de Widukindo (785), dándose así por concluida definitivamente la misión entre los sajones. No obstante, hubo posteriormente luchas encarnizadas, principalmente a causa del diezmo. Sólo el traslado violento de población sajona y franca consolidó la nueva soberanía.

Del territorio de misión nacieron (desde 787) los siguientes obispados: Münster, Osnabrück, Paderborn, Minden, Brema, Verden, Hildesheim y Halberstadt, que estaban bajo las sedes metropolitanas renanas de Colonia y Maguncia. Que el cristianismo terminó por enraizar profundamente entre los sajones se desprende del florecimiento del sistema monástico, de una composición literaria como *Heliana*, de la actividad de un teólogo como Godescalco (controversia de la predestinación) y, sobre todo, de la determinante actuación de los sajones en el reino después del año 919.

§37

Eslavos, búlgaros, húngaros

Una plétora de iniciativas misioneras tuvo como destinatarios a los eslavos, que desde el siglo VI se extendieron hasta el Elba, por la parte superior del Meno, por Tirol y Friul. Baviera (obispado de Salzburgo) inició en el siglo VIII la misión organizada en Carantania; Aquilea, Passau y Ratisbona se sumaron en el siglo IX. Los eslavos del Elba y del Báltico fueron cristianizados desde el siglo X, a medida que se producía la colonización alemana del este.

En los Balcanes, los eslavos habían oprimido en buena medida la vida cristiana romana y griega, y representaban un corte en la unión territorial entre Roma y Constantinopla. Los primeros momentos de la historia de la misión entre ellos estuvieron marcados por el contacto con la Iglesia en los nuevos territorios de asentamiento poblacional. Ya aquí, el Estado principesco eslavo utilizó el cristianismo como legitimación de su pertenencia a la familia de pueblos cristianos. El aspecto político es patente en la obra de los hermanos Constantino y Metodio, que se encontraron en Moravia y Panonia, desde el año 863, en la intersección de intereses franco-orientales, bizantinos y papales. Su importante obra eclesial y cultural, la lengua eslava eclesiástica y literaria, se extendió en las Iglesias orientales eslavas y en las Iglesias latinas sólo en algunos puntos del Adriático («Glagolica»). Los croatas de la costa ya eran cristianos el año 800, y el 860 consiguieron el obispado de Nin (Aenona), dependiente directamente del papa. El dalmata Branimiro, príncipe de los croatas, se independizó (880) con la ayuda pontificia; en el levantamiento del príncipe Tomislav (925), el territorio quedó anexionado a la provincia de Spalato (Split). El obispo Grgur de Nin tuvo que luchar por la lengua litúrgica eslava. Los serbios, tras prolongadas oscilaciones, se inclinaron a favor de Oriente, quizás como consecuencia de la atracción de la Iglesia nacional eslava.

Entre los eslavos del Meno superior y del Regnitz, la misión comenzó a progresar desde Carlomagno. Sin embargo, había todavía paganos en esta región a finales del primer milenio de la era cristiana. El rey Enrique II erigió el año 1007 el obispado de Bamberg para esta región, y lo dotó abundantemente.

La Iglesia bávara y la oriental misionaron entre los checos en el siglo IX. La oriental se vio reforzada por la oposición a apoyarse en el reino franco, que, sin embargo, fue quien venció también en el plano eclesiástico. Una resistencia pagana, unida a las controversias por la soberanía, constituyó el trasfondo de los martirios del duque Wenceslao (929) y, con anterioridad, de su abuela Ludmila (921). Boleslao I representó la oposición como duque y como cristiano. El obispado de Praga fue creado entre 973 y 976, y respondía a la política otoniana contra Baviera, por lo que pasó a formar parte de la provincia eclesiástica de Maguncia. Influencia sajona delata, sin duda, el patrocinio de la catedral de Praga, dedicada a san Vito. El significadísimo obispo de Praga Adalberto fracasó en la oposición a su ducal hermano, pero actuó también en Hungría y en Polonia, y fue martirizado por los prusianos (997). El papa Silvestre II (999-1003) lo canonizó por deseo del emperador Otón III.

El matrimonio del duque Mieszko I con Dubravka (965), hija del duque de Bohemia, permitió el acceso de Bohemia a los polacos. Otra línea completamente distinta llevó del obispado de Magdeburgo (el año 968) al obispado misional de Posen (968). La gran extensión del reino polaco a finales del primer milenio promovió la misión, pero no corrieron paralelos el multitudinario movimiento bautismal y la asimilación interna de la fe. Conocimientos lingüísticos y la liturgia eslava en la parte meridional de Polonia muestran repercusiones eclesiásticas de la elevación de Boleslao I de Polonia a la condición de duque de Bohemia (1003). Otón I trató de incluir a Polonia en la Iglesia imperial, pero Mieszko I puso su país bajo la protección del Papa, y Otón III se guió por sus propias concepciones y por las del papa Silvestre II en la creación del arzobispado de Gnesen, con los obispados de Cracovia, Breslau, Kolberg y, posteriormente, también Posen (peregrinación a la tumba de san Adalberto de Praga en el año 1000). Con la implantación de una organización eclesiástica independiente del reino se detenía la amenaza de una inclinación hacia Bizancio. Una grave crisis del reino polaco (1034-1040) destrozó de nuevo muchas cosas. La organización parroquial no fue una realidad hasta el siglo XIII.

Para los búlgaros fue decisivo el bautismo del príncipe Boris (864), al que apadrinó el emperador romano-oriental Miguel. No obstante, al no ver satisfechos todos sus deseos (el de contar con un patriarcado propio) le llevó a entablar contactos con el papa Nicolás I (858-867), que envió legados y trató de aprovechar la ocasión para lograr las viejas pretensiones romanas a la región iliria. Sus famosas *Respuestas a las preguntas de los*

búlgaros pretendían dar una configuración romana a la liturgia y al derecho eclesiástico. El rey Luis el Alemán envió al obispo Ermanrich de Passau. Pero dado que tampoco esta otra parte satisfizo los deseos, Boris se volvió de nuevo hacia Bizancio el año 870. En tiempos posteriores se propagaría la Iglesia nacional eslava precisamente desde el suelo de Bulgaria y mediante la actuación de búlgaros. Esa Iglesia fue creada por discípulos de Metodio expulsados (885) de Moravia, y se extendió a los serbios y a los rusos.

Entre los rusos (reino de Kiev) la Iglesia es definitivamente bizantina desde el siglo XI. Focio pone el comienzo de la misión en el año 867. Sin embargo, la duquesa Olga, bautizada en Constantinopla o en Kiev, pidió misioneros a Otón I. Su nieto Vladimiro, bautizado con su pueblo (988-989) y casado con una princesa bizantina, dio a la Iglesia principal de Kiev derechos de diezmo, que, en esta forma, sólo existían en Occidente. A pesar de esas influencias occidentales, la Iglesia rusa se convirtió en una rama del cristianismo oriental.

Cuando los húngaros, desde aproximadamente el año 900 el terror de Occidente, fueron rechazados por las victorias de Enrique I (933) y de Otón I (Lechfeld, 955), dado que el reino ruso les cerraba el camino a la vieja patria, debieron hacerse sedentarios. La cristianización comenzó en tiempos del príncipe Geisa († 997), que se había casado con una hermana de Mieszko I, duque de Polonia. Su hijo Waik, desposado con Gisela, hija del duque de Baviera y bautizado con el nombre de Stephan (Esteban), que apunta a Passau, se convirtió en fundador del reino como Esteban I el Santo, y también de la Iglesia de Hungría. En consonancia con el concepto universal del emperador Otón III y del papa Silvestre II, nació en Gran (Esztergom) la primera circunscripción metropolitana (1001), y en seguida otra en Kalocsa; además, toda una serie de obispados fundados por el rey, y los primeros monasterios. Según una afirmación de Gregorio VII, Esteban habría donado su país a San Pedro. Revueltas sangrientas acaecidas tras la muerte del rey impidieron que el reino y la Iglesia se consolidaran antes de la segunda mitad del siglo XI.

En cuanto a los eslavos del Elba y del Báltico, los emperadores sajones, guiados por los intereses del imperio y de la Iglesia, emprendieron la tarea político-militar y misionera. Carlomagno había creado ya una zona de dependencia tributaria que renovó Enrique I. Otón I el Grande emprendió el sometimiento de los eslavos que se encontraban entre el Elba y el Oder (obispados de Havelberg, de Brandeburgo, de Stargard Oldemburgo). Se pensó que el arzobispado de Magdeburgo, fundado por el emperador Otón I en 968, sería la sede metropolitana para todos los eslavos del Elba. Fueron consagrados obispos para Merseburgo, Zeitz (desde aproximadamente 1030 Naumburgo) y Meissen. El sometimiento mediante la guerra impidió una acción misionera simultánea. Resultó particularmente destructivo el

levantamiento de los eslavos del año 983. A los liuticos, completamente cerrados a la misión hasta el siglo XII, debió permitirles sus insignias guerreras y sacrificios paganos el emperador Enrique II cuando los tuvo como aliados contra los polacos. También en aquel reino, fundado por Godescalco, príncipe de los obotritas, el cual además en unión con Adalberto de Hamburgo-Brema, promovió la labor misionera, una reacción pagana lo destruyó casi todo el año 1066. El mismo Godescalco pereció asesinado en esa ocasión.

Sin duda, los eslavos habrían sido completamente capaces de aceptar libremente el cristianismo. Hombres de Iglesia con una visión más amplia (por ejemplo, Adán de Brema, Otón de Bamberg) criticaron la misión mediante la espada. La peculiar organización eclesiástica eslava, que presupone una cierta apertura de las capas dirigentes, es discutible por lo que se refiere a la parte más occidental de la región eslava.

§38

Germanos del norte

En cuanto a los germanos del norte, Wilibrordo pensó ya en misionar a los daneses. Él mismo predicó la fe en Helgoland. En tiempos de Luis I el Piadoso, Anscario, monje de Corvey, acompañó en su viaje de regreso al rey danés Harald, que había buscado la ayuda de los francos en las disputas del trono, y que recibió el bautismo en Maguncia, con su séquito, el año 826. El mencionado monje actuó desde el arzobispado de Hamburgo, fundado en el año 831, como legado pontificio para el norte. Hamburgo, destruida por los normandos (845), quedó unida a Brema; tras la muerte de Anscario (865), continuó su obra su discípulo y biógrafo Rimberto.

En el siglo X, el esfuerzo de los príncipes que deseaban comunicar a sus pueblos los logros de los países cristianos y practicaban una consecuente política misionera sintonizó con Occidente, consolidado internamente. Los vikingos (principalmente daneses y noruegos), empujados por las dificultades económicas y políticas que experimentaban en su patria, buscaron la solución por la ruta que les llevaba a islas del Atlántico, a Islandia, y también a otras costas de Occidente, y a regiones situadas en las márgenes de los grandes cursos fluviales, donde sembraban el terror. Cuando el jefe normando Rollón, se bautizó con el nombre de Roberto el año 912 y, con la mano de una princesa francesa, recibió una parte del reino, la Normandía, iniciaba el proceso de romanización de su gente. Grandes consecuencias tuvo para la Iglesia la conquista de los condados de Aversa y Apulia por los normandos a principios del siglo XI; de ellos surgiría el reino normando del sur de Italia.

La victoria de Enrique I sobre los daneses (934) permitió que Hamburgo-Brema predicaran la fe cristiana en Dinamarca e incluso en Suecia. Entre los daneses se establecieron obispados (948) en tiempos de Otón I. El rey Harald Blauzahn (Diente Azul) se bautizó con su hijo Sven Gabelbart (960). La cristianización, que hizo grandes progresos bajo este rey y con la protección de Otón I, fue completada en tiempos de Canuto el Grande (1018-1035), que dominaba también Inglaterra y Noruega, y emprendió una peregrinación a Roma. Se sirvió de ingleses para completar la cristianización mencionada. Hamburgo-Brema difícilmente podía hacer prevalecer sus derechos frente a la influencia inglesa, pero lo consiguió. El plan del arzobispo Adalberto (1043-1072) para conseguir un patriarcado nórdico se quedó en la dignidad de un legado y vicario pontificio. En interés de Dinamarca y de la curia, Lund (perteneciente a Dinamarca hasta el siglo XVII) pasó a convertirse en sede metropolitana para el norte (1104). La influencia inglesa se puso de manifiesto también en el arte, en la literatura, en la liturgia y en el pago del «penique para San Pedro».

En Noruega penetró el cristianismo a través de reyes que lo habían abrazado como consecuencia de su educación en el extranjero. Hakon el Bueno trajo consigo a sacerdotes ingleses (933). Olaf Trygvason (995-1000) y Olaf el Santo (1015-1028) destruyeron no sólo los cultos paganos, sino, con ellos, el poder de las confederaciones de clanes. El poder político requería también mártires paganos. Influencias inglesas dejaron su huella también en Noruega. Los obispados (desde el siglo XI) fueron desvinculados en 1152 de Lund y adscritos a la nueva sede metropolitana Nidaros-Drontheim. Ya a finales del primer milenio de la era cristiana, el celo misionero de Noruega apuntaba a las islas del Atlántico, a Islandia e incluso a Groenlandia.

En Islandia, la comunidad del país decidió la aceptación del cristianismo después de haber pactado concesiones, para los paganos (1000); a continuación, se crearon dos obispados; en Groenlandia se erigió uno que desapareció a finales de la edad media con la colonización.

En Suecia, los intentos tempranos de cristianización (Anscario entre otros) no pasaron de ser episodios pasajeros, pero cuando el rey Olaf «el Rey en la cuna» recibió el bautismo (hacia el 1008) se dejaron sentir influencias cristianas de diversa proveniencia. Pero la resistencia pagana no se quebró hasta finales del siglo XI. Los obispados (Skara fue el primero de ellos, hacia el 1014) fueron desmembrados de Lund en 1164, y pasaron a ser sufragáneos de la sede metropolitana de Uppsala. Más tarde, Suecia sería el punto de partida para los trabajos misioneros en Finlandia y Laponia.

La misión medieval consiguió más tarde éxitos grandes y permanentes, cuando fue promovida por el rey y por la clase dirigente, aunque todo esto se debiera al hecho de haber sucumbido frente a las

potencias cristianas. Esta vinculación no es propiamente cristiana, sino debida a circunstancias de aquellos tiempos, y lamentable por más de un motivo. Pero ella comunicó, sin embargo, a los germanos y a los eslavos la fe cristiana y, con ella, los valores del mundo cultural occidental.

§39

Papado y reino franco. El Estado pontificio

Uno de los principales sucesos de la historia europea, el acercamiento del papado al reino de los francos en el siglo VIII, se explica en primer lugar por la situación reinante en Italia. La Roma oriental no podía ofrecer ayuda eficaz contra los longobardos, pues ella misma tenía que tratar de afirmarse frente a los árabes. La controversia de las imágenes, que se arrastraba desde la década de los años veinte, distanció todavía más a Occidente de la soberanía bizantina cuando la presión fiscal y la corrupción de los funcionarios comenzaron a ser algo permanente. El papado, con las abundantes posesiones inmobiliarias de la Iglesia romana, exigía una posición relativamente independiente frente al emperador y a su exarca en Ravena. Además los papas promovieron las misiones y la reforma de la Iglesia franca mediante personal anglosajón, ya desde principios del siglo VIII.

En el reino de los francos, que dirigía Europa desde tiempos atrás, el poder cayó en manos de los mayordomos de palacio. En la importante época que ahora nos interesa el poder cayó en manos de Carlos Martel (714-741). Carlomán, uno de sus hijos, terminó en un monasterio (747), y Pipino, ahora señor de todo el reino, planteó la cuestión de la realeza. En favor de los merovingios hablaban el derecho de sangre y una elevada valoración religiosa del rey. De ahí que Pipino formulara al papa Zacarías (741-752) la pregunta de si era bueno o no que los reyes del reino franco no tuvieran poder regio. La respuesta afirmaba que es mejor que quien tiene el título de rey tenga también el poder, para que no sufra trastornos el orden. Se abría así de par en par el camino para la elección de Pipino como rey (751-752). Según el modelo bíblico, seguido ya por los visigodos, el nuevo rey recibía la unción con el crisma. Childerico III, último rey merovingio, terminó sus días en un monasterio. La respuesta pontificia estaba preñada de numerosas consecuencias, pero no revestía novedad teológica alguna. Desde luego, no significaba deposición ni entronización de reyes, como se dijo en tiempos posteriores.

Un grito de auxilio ante la amenaza longobarda había lanzado ya el papa Gregorio III (731-741) el año 739 a Carlos Martel, quien sin embargo necesitaba la ayuda de los longobardos contra los sarracenos. Cuando el papa Esteban II (752-757) viajó hasta el rey Pipino para pedirle ayuda el

año 753-754, éste prometió emprender una campaña bélica y la devolución de los territorios romanos; y recibió de nuevo, con sus dos hijos, la unción regia de manos del papa. Al mismo tiempo, recibió el título de *Patricius romanorum*, utilizado por altos dignatarios bizantinos y por generales germánicos, y que encerraba la idea de soberanía y la obligación de prestar protección al papado. Al actuar como mariscal del papa y llevarle durante un trecho las riendas de su caballo, Pipino se limitaba a expresar veneración y reconocimiento. Tras las campañas militares de los años 754 y 756, el rey franco, en contra de las protestas bizantinas, mandó restituir al papado el territorio conquistado en la guerra: el ducado de Roma, el exarcado de Ravena y la pentápolis. Así nació el Estado pontificio, al principio sin separación propiamente dicha del imperio romano, separación que se da a conocer por primera vez en la acuñación de monedas y en la datación de documentos de los papas desde el 781.

¿Actuaban ya el papa y el rey franco bajo la influencia de aquella falsificación de documentos según los cuales el emperador Constantino habría concedido al papa una posición imperial, junto con Roma, todas las provincias, regiones y ciudades de Italia, y los países occidentales, lo que se llamó la «donación constantiniana» (o, más precisamente, el *constitutum Constantini*), que los clérigos lateranos presentaron como fundamentación histórica de la posición real del papa, convencidos del buen derecho de las formas de representación papal y romano-clericales? La mencionada falsificación documental nos presenta ya al emperador Constantino conduciendo de la rienda el caballo pontificio, y cuadra extraordinariamente bien con la donación de Pipino a San Pedro. Siglos más tarde, cuando ya había ejercido con creces su efecto, fue presentada por Lorenzo Valla († 1457) como una falsificación.

§40

Carlomagno y la Iglesia

Carlos (768-814, y como soberano único desde el año 771), hijo de Pipino, tuvo como primera esposa a una hija del rey de los longobardos. La confusión y los tumultos provocados en Roma y la creciente influencia de los longobardos condujeron a la ruptura, de la que fue considerada como señal el rápido repudio de la reina. Llamado por el papa Adriano I (772-795), Carlos selló el final del reino longobardo con la conquista de Pavía el año 774; él mismo tomó para sí el título de rey de los longobardos. En Roma renovó y amplió la promesa de Pipino, pero también bajo su reinado perduraron algunas faltas de claridad y diferencias sobre cómo se llevaría a cabo la implantación del Estado pontificio. Manifestaciones hechas al

respecto por el Papa el año 778 presuponen evidentemente la «donación constantiniana».

Para la cristianización, la política de conquistas de Carlos revistió evidente importancia, ya que incorporó a su imperio no sólo la parte septentrional y central de Italia, sino también a los sajones, bávaros, eslavos y ávaros en la parte occidental de Hungría, así como la Marca hispánica (hasta el Ebro); en todas estas regiones se impuso el cristianismo, a veces por la fuerza, y se consolidaron las estructuras eclesiásticas. La base del poder correspondía a la concepción que Carlos tenía de sí mismo como soberano teocrático —en el círculo de los amigos se le llamaba David— puesto al frente del pueblo de Dios de los cristianos. De ahí que su residencia predilecta, Aquisgrán, se convirtiera también en centro cultural, con la Academia palatina y la Escuela palatina, y reuniera a las mentes más preclaras de Occidente. Todavía hoy podemos contemplar los modelos bizantinos (San Vitale de Ravena, Santa Sofía de Constantinopla) que inspiraron esta concepción. A su vez, la idea imperial occidental se guió posteriormente sobre todo por el modelo de Carlomagno. Dirigió los asuntos internos y externos de la Iglesia mediante leyes, sínodos y mensajeros del rey. El soberano, más que los obispos, continuaba la obra de Bonifacio. Sus pretensiones eclesiásticas, provenientes de raíces germánicas y viejoimperiales, se referían al poder de disponer de los bienes de la Iglesia, a la provisión de obispados y monasterios, a la designación para cargos políticos e incluso militares de miembros del alto clero, al que —totalmente en contra de las concepciones de un san Bonifacio— encontramos de nuevo al frente de las tropas. Todo esto hacía que en muchas ocasiones padeciera las consecuencias la escasa atención de estos clérigos a las tareas espirituales.

Otro tanto podía ocurrir como consecuencia de una excesiva dedicación de la Iglesia a la cultura. Empalmando con la tradición clásica y cristiana, florecieron las ciencias y el arte en la corte, en las sedes episcopales y en los monasterios. La escritura minúscula carolingia constituyó la base de los manuscritos occidentales hasta nuestros días. Los más suntuosos, con preciosas miniaturas y encuademaciones, solían contener textos bíblicos, pero también los había dedicados a los textos normativos de la liturgia y del canto procedentes de Italia, la *Regla* de san Benito y la recopilación jurídica de Dionisio el Exiguo. Carlomagno se inmiscuyó incluso en la dirección de la doctrina de fe. La controversia de las imágenes creó la tensión entre él y la Roma oriental. El concilio imperial de Francfort formuló la doctrina occidental el año 794: no hay que destruir las imágenes ni venerarlas; sirven para adornar la iglesia y para recordar lo expuesto.

Sin duda, Carlomagno pensaba desde el año 795 en la dignidad imperial y adoptaba conscientemente maneras imperiales. Había fracasado un antiguo plan para casar a su hija Rotruda con el emperador bizantino

Constantino VI (781); también en Roma se consideraba una monstruosidad el hecho de que la emperatriz madre Irene hubiese dejado a un lado a Constantino para reinar en lugar suyo. Cuando, en la procesión de san Marcos del 799, el papa León III (795-816) fue atacado por sorpresa y maltratado buscó protección en Carlomagno, que estaba en Paderborn. Éste mandó reponerlo inmediatamente, y fue personalmente a Roma para la fiesta de Navidad del año 800. El papa se liberó de graves inculpaciones — se respetaba su inmunidad ante los tribunales— mediante un juramento de descargo, y coronó a Carlomagno como emperador en la basílica de San Pedro la noche de Navidad del año 800. La aclamación del pueblo parecía una especie de elección imperial. En la *adoratio (proskynesis)* partió el papa con los romanos. El informe de Einhard sobre el desagrado de Carlomagno (no habría ido a la iglesia si hubiera sabido lo que el papa y los romanos tramaban) debe completarse con los anales de Lorsch, que mencionan unas negociaciones previas. En la coronación del año 800 no se vio argumento alguno en favor de la pretensión de soberanía papal, que se derivaría posteriormente de esa coronación: a causa de la indignidad de los griegos, como consecuencia del gobierno de una mujer, y de la controversia de las imágenes se habría llegado a la *translatio imperii* a los francos. Carlomagno tuvo prudentemente en cuenta las reservas bizantinas frente a un emperador en Occidente, que no había existido desde el año 476, pero terminó consiguiendo el reconocimiento de su condición imperial también por los bizantinos (812). Con ello, su imperio estaba a la altura del bizantino.

Aunque resulta difícil juzgar el trasfondo de la coronación del año 800, respondía sin duda a la plenitud de poder de la que el rey de los francos disponía desde hacía bastante tiempo. El papa tuvo en él un sostén en las luchas intestinas de los grupos de poder romanos, y la Iglesia un protector y promotor fuerte y lleno de responsabilidad.

§41

Ocaso del reino carolingio. El papa Nicolás I y el Pseudoisidoro

El sucesor de Carlomagno fue incapaz de conservar la gran herencia. Ya en Luis el Piadoso —o Ludovico Pío— (814-840) el talento del soberano no estuvo a la altura de los altos ideales y de su piedad casi monacal. La división de la soberanía provocó inmediatamente luchas entre sus hijos y contra el padre.

Sin embargo, la reforma continuó y, empujada por maestros descolantes, alcanzó su punto culminante durante el reinado de Ludovico. En los monasterios, la *Regla* de san Benito, declarada ya anteriormente normativa (802), se impuso sobre todo por la actividad de Benito de Aniano. En

cambio, para los canónigos se utilizó la *Regla* de Crodegango de Metz, reelaborada en lo que se conoce como la *Regla de Aquisgrán* (816). El capítulo eclesiástico de Aquisgrán dispuso para los párrocos (818-819) delimitaciones en su situación jurídica dentro de la Iglesia, una dotación mínima y la emancipación de aquellos siervos que eran ordenados sacerdotes. Precisamente las fuerzas de la reforma fueron las que trataron de detener el incipiente desmoronamiento del imperio.

Por eso se puso de manifiesto en el tratado de Verdún (843) que los límites de las diócesis eran más firmes que la organización estatal. Entonces, a Luis el Germánico le fue asignada la parte oriental del imperio franco, y a Carlos el Calvo la parte occidental; a Lotario —coemperador desde el año 817— le correspondió la franja intermedia, un largo corredor que se extendía desde Frisia hasta Italia. Tras la muerte de Lotario (855), la franja en cuestión se subdividió en Lotaringia, Borgoña e Italia. El emperador Luis II dominó sólo Italia. La división de Lotaringia en el acuerdo de Meerssen (870) entre el reino oriental y el reino occidental fue la primera piedra de la futura polaridad franco-alemana. La dignidad imperial recayó finalmente en soberanos no francos. Su significación era escasa; su contenido pasó por diversas alternativas. La autocoronación de Luis el Piadoso (o Ludovico Pío), a la que le empujó su padre, indicaba un imperio independiente del papa, pero Luis volvió a ser coronado en Reims por el papa (816), quien trajo de Roma la «corona de Constantino». Desde la coronación de Lotario (823), Roma fue considerada como el lugar de la consagración y coronación del emperador y el Papa como el administrador de esa consagración-coronación entendidas en clave sacramental. Los emperadores itálicos subrayaron el carácter romano de la dignidad. Las luchas para conseguirla, reforzaron el papel del papa como la única persona que puede otorgarla. El *imperium christianum* de Carlomagno se convirtió en el *imperium romanum* que otorga el Papa.

El rey y el emperador se habían convertido en figuras sacerdotales. En la consagración del rey, se le ungía con el crisma —rito practicado ya por los visigodos— en la cabeza (por primera vez en la consagración de Pipino) en recuerdo de la unción de David por Samuel; en la consagración del emperador, reservada al Papa (por primera vez en Luis el Piadoso) se practicaba con el óleo de los catecúmenos en el brazo derecho y entre los omóplatos. Junto a la pirámide jerárquica de los obispos, con el papa a la cabeza, existía otra segunda pirámide, también jerárquica, a cuya cabeza se encontraba el emperador.

Tras una tumultuosa doble elección se había reglamentado el año 769 la elección del papa de la manera siguiente: los cardenales presbíteros y los cardenales diáconos tenían el derecho activo, el clero el derecho pasivo y los laicos sólo la aclamación. Se pretendía cerrar el paso al poder laico y a la política. Aunque la realidad fue frecuentemente distinta, se reconocía ya

ahí una línea fundamental de la posterior reforma de la Iglesia. Carlomagno no vivió como emperador una elección papal. Luis el Piadoso se conformó con la notificación una vez realizada la elección. Por el contrario, la reglamentación dictada por Lotario, motivada por situaciones tumultuosas y publicada el año 824, exigía la confirmación imperial y el juramento de fidelidad del elegido antes de la consagración. Los emperadores itálicos no pudieron afirmar estos derechos porque los grupos de poder romanos de la nobleza como del clero alto imponían sus candidatos.

Una fábula de tiempos posteriores —generalmente entre el papa León IV (847-855) y Benedicto III (855-858)— cuenta que una muchacha disfrazada que destacaba por sus muchos conocimientos consiguió la dignidad papal y gobernó la Iglesia durante dos años. La mencionada fábula indicaba que el engaño se descubrió cuando, en una procesión, la muchacha parió un hijo. La historia del escándalo de la papisa Juana, creída a pies juntillas en la última época de la edad media, tiene también sus raíces en circunstancias romanas.

A las fuerzas de desintegración interiores se unieron enemigos externos. En Roma, el muro leoniano recuerda que el papa León IV contuvo a los sarracenos. Los húngaros llevaron a cabo sus incursiones de bandolerismo y de pillaje por el imperio y por el norte de Italia; los normandos se hicieron dueños de las costas y de los cauces fluviales navegables. Diversas ciudades episcopales y monasterios fueron destruidos. El orden eclesiástico se tambaleaba.

La figura papal más destacada del siglo IX fue Nicolás I (858-867). Él sostuvo las pretensiones papales frente a Bizancio en el cisma entre Ignacio y Focio, y en la misión de los búlgaros. También afirmó el derecho matrimonial de la Iglesia contra Lotario II de Lotaringia. Éste había repudiado a su esposa Teutberga para casarse con Waldrada, con la que había mantenido anteriormente relaciones de concubinato, repudio que obispos de Lotaringia habían aprobado. El papa Nicolás I depuso por este motivo a los arzobispos de Tréveris y de Colonia, y obligó a que se observara, al menos externamente, el matrimonio eclesiásticamente legítimo. Más significativo es el hecho de que, en contra del famoso arzobispo Hincmaro de Reims, impuso la reinstauración del obispo Rotado de Soissons, que, depuesto por aquél, apeló al papa. También se frenaron en seco los intentos de independencia del arzobispo Juan de Ravena, antigua residencia de los exarcas, al que apoyaba Lotario II. Un sínodo romano plantó cara a tales maquinaciones. En la mente del papa, que fue considerado por sus contemporáneos como «segundo Elías» (Regino de Prüm), no bullía la idea de la superioridad del poder eclesiástico respecto del poder civil, la superioridad del papa sobre el emperador y los reyes, pero sí la del primado pontificio sobre la Iglesia universal, cuya

independencia y normas jurídicas debían respetar también los poderosos. Y persiguió esos objetivos con la fuerza de su extraordinaria personalidad.

Las recopilaciones jurídicas presentadas bajo diversos nombres reforzaron entonces al papado. Se consideró como autor de una de estas colecciones, las *Decretales pseudoisidorianas*, a un tal Isidoro Mercator, pero quizás se escondía en un segundo plano un círculo reformista de la franconia occidental y la preocupación por concluir las reformas que todavía no habían sido consumadas. El Pseudoisidoro reunió documentos auténticos y falsos desde los tiempos más remotos de la Iglesia con la intención de reforzar la opinión de los obispos frente al poder civil y frente a los metropolitanos (arzobispos). En Roma, esta colección se utilizó ya en tiempos del papa Nicolás I, sin caer en la cuenta de la falsificación, con lo que la centralización de la Iglesia en Roma encontró una promoción eficaz. La opinión general consideró como auténtico al Pseudoisidoro hasta el siglo XV.

De los sucesores de Nicolás I, Adriano II (867-872) pudo coronar a Carlos el Calvo y a Carlos el Gordo (875, 881), aunque esto no le sirvió para alcanzar éxitos sobresalientes. Juan VIII (872-882) fue el primer papa medieval asesinado (882). La amenaza de los sarracenos crecía de continuo. Llegaron incluso a establecer una cabeza de puente en Garigliano (Italia).

§42

El saeculum obscurum

Durante el siglo X el desmoronamiento de la Iglesia, particularmente en Italia y Francia, alcanzó proporciones dramáticas. La nobleza se enriquecía con los bienes de la Iglesia, los obispados se convirtieron en Iglesias de propiedad privada, y los abusos graves estaban a la orden del día. La denominación de *saeculum obscurum*, utilizada desde Cesare Baronio (en un principio, para designar el siglo X), alude al desmoronamiento de la Iglesia y del papado bajo la excesiva influencia de los poderes particulares. Tal desmoronamiento se hacía patente en el rápido cambio de pontífices en esta época (48 papas del año 880 al 1046, con un promedio de duración de un año y medio) y en numerosos hechos históricos. Naturalmente, no podemos pasar por alto que se mantuvieron durante todo aquel tiempo el Estado pontificio y las pretensiones universales del papado y que determinados papas dignos no encajan en el cuadro general. El papado, al que le faltaba un protector fuerte, era objeto de la codicia de los grupos romanos de poder. La víctima más famosa de estas circunstancias es el papa Formoso (891-896), que coronó como emperador a Lamberto de Espoleto, pero luego pidió ayuda al rey alemán

Arnulfo de Carintia, al que también coronó. Así, en tiempos de Esteban VI (896-897), favorable al de Espoleto, se asistió a un cruel juicio de muertos: el cadáver de Formoso fue llevado al tribunal, y condenado por haber pasado del obispado suburbicario de Porto a la sede pontificia. Posteriormente se le arrojó al Tíber. Los partidarios de la corriente de Espoleto llegaron a considerar que el pontificado de Formoso había sido ilegítimo. Esteban VI fue encarcelado un año más tarde como consecuencia de un levantamiento.

Sergio III (904-911) se apoyó en Teofilacto, que dominaba en Roma. A Teodora, esposa de Teofilacto, y a sus hijas Marozia y Teodora la Joven se refiere la expresión pornocracia, introducida por los protestantes en el siglo XVIII. La parcialidad de Liutprando de Cremona, principal cronista, pero de tendencia favorable al emperador, nos obliga a ser críticos con este personaje y con sus informaciones. El papa Juan X (914-928) trató en vano de dar un apoyo a la Iglesia con la coronación imperial de Berengario I de Friul (915). En coalición con príncipes italianos y con Bizancio, y con Teofilacto al frente de las tropas romanas,

Juan X consiguió vencer a los sarracenos en Gaeta. Después de Teofilacto, el poder pasó a Marozia. Ésta se había casado en segundas nupcias con el margrave Guido de Toscana, que venció a Juan X. Marozia deseó para sí y para su tercer consorte, el rey Hugo de Italia, la corona imperial. El hijo de ésta (supuestamente hijo de Sergio III) subió al solio de San Pedro con el nombre de Juan XI (931-935). Pero Alberico II de Espoleto, hijo del primer matrimonio de Marozia, se hizo con el poder. Su hábil política creó una especie de soberanía principesca, también sobre los papas insignificantes. Bajo su reinado mejoró la situación de la Iglesia; la reforma de los monasterios se hizo perceptible en Roma. En su lecho de muerte, Alberico hizo prometer a los romanos que elegirían como próximo papa a su hijo Octaviano, adolescente todavía y poco espabilado. En este hecho se pone de manifiesto el empeño por conseguir una acumulación del poder civil sobre Roma y el papado en una misma familia, acumulación que era profundamente ajena a lo romano y contradecía la idea de la «donación constantiniana». Tales intentos de hacerse con ambos poderes no podían durar mucho tiempo.

Efectivamente, el hijo de Alberico II detentó el poder civil bajo el nombre de Octaviano, y la soberanía espiritual bajo el nombre de Juan XII (955-964). Cuando, constreñido por Berengario II de Friul, pidió ayuda al rey alemán Otón I y éste (tras ser coronado emperador y la subsiguiente defección del papa) le sometió a juicio, la larga lista de las acusaciones puso de manifiesto, junto a cargos puramente imaginarios, quejas muy justificadas y graves.

El hecho de que Juan XII cambiara de nombre al ser elegido papa no respondía a un uso completamente nuevo. A Mercurio, elegido papa el año

533, debía de sonarle su nombre a pagano, y pasó a llamarse Juan II (533-535). Y Pedro de Pavía no quiso repetir el nombre del Príncipe de los apóstoles y, al ser elegido papa, pasó a llamarse Juan XIV (983-984). A Bruno, hijo del duque de Carintia, elegido papa el año 996, tal vez le sonaba su nombre como no romano, y se llamó Gregorio V (996-999). A partir de entonces, se convierte en regla la costumbre de tomar un nuevo nombre al ser elegido papa.

§43

El nuevo imperio y la Iglesia

La Iglesia alemana había compartido la lucha del rey contra la nobleza y contra las tribus ya en tiempos del franco Conrado I. Enrique I afianzó el poder del rey, reconquistó la Lorena y venció a los húngaros en Unstrut (933). Otón I el Grande (936-973), continuando los éxitos de su antecesor, vivió un levantamiento familiar cuando sustituyó a los duques tribales mediante parientes. La victoria obtenida en el campo de Lech, el año 955, libró al imperio del peligro que los húngaros representaban, y fortaleció de nuevo el reino. La experiencia, conocida ya desde Carlomagno, de que los obispos y abades tendían a apoyar al poder imperial y esperaban que éste les protegiera contra la nobleza terminó por desembocar en el sistema eclesiástico-imperial otomano-sálico, que entre otras cosas supuso la transmisión de privilegios regio a obispos y abades.

No es que la Iglesia sufriera una cierta estatalización, sino que el Estado padeció la eclesialización. Importantes hombres de Iglesia tuvieron que trabajar para el imperio. Y fueron eclesiásticos a caballo de esta unión los que, durante los tiempos oscuros de Roma, destacaron al norte de los Alpes como santos. Podemos mencionar entre éstos a Ulrico en Augsburgo o a Wolfrang en Ratisbona. El interés del rey por la Iglesia convertía la capilla de la corte en semillero de obispos nacidos en las familias dirigentes. La colación del obispado sucedía como investidura mediante la entrega del báculo por el rey (desde Enrique III, también del anillo), y exigía del investido el juramento de fidelidad. Ni siquiera los amantes de una reforma tenían objeciones de principio contra esta práctica, aunque la elección por el clero, por el pueblo o por la comunidad monástica se convirtió en pura formalidad.

La vertiente cultural de la organización eclesial otomana es el renacimiento otomano, que recogió influencias carolingias, italianas y autóctonas y alcanzó nuevos resultados intelectuales en monasterios como el de Reichenau y el de San Gall, y en fundaciones catedralicias como Magdeburgo y Lieja.

Con la mirada puesta desde hacía mucho tiempo en la dignidad imperial, Otón I había emprendido ya una primera marcha sobre Italia (951), y se había traído como esposa a la reina viuda Adelaida. El reino italiano conseguido entonces le convertía en el candidato al imperio, pero a una segunda marcha sobre Roma se opuso entonces Alberico II, que detentaba el poder en la ciudad eterna. Cuando Juan XII —influido quizá por círculos comprometidos con la reforma— pidió ayuda al rey alemán, Otón I aprovechó a fondo la oportunidad que se le brindaba y el año 962 recibió la corona imperial, así como la promesa del papa y de los romanos de distanciarse de Berengario II y de Adalberto, hijo de éste. Un extenso documento contenía la confirmación de la donación de Pipino y de Carlomagno, con ampliaciones, y también una reglamentación de la elección papal en consonancia con la constitución de Lotario del año 824: tras la elección y antes de la consagración, juramento de fidelidad al emperador, al que competía también la supervisión suprema de la administración. Otón obtuvo además la confirmación de su fundación de Magdeburgo, a la que debían someterse todos los pueblos cristianizados por él y por sus sucesores.

La infidelidad de Juan XII exigió ya el año 963 una nueva marcha sobre Roma. El papa y Adalberto huyeron, y los romanos tuvieron que jurar entonces que no elegirían a un papa sin la aprobación del emperador. Juan fue depuesto en un sínodo imperial en San Pedro bajo los cargos de asesinato, perjurio, sacrilegio, simonía, fornicación y otros crímenes; y un laico fue elevado a la sede de Pedro con el nombre de León VIII (963-965). Éste tuvo que huir tras la partida del emperador, pero Juan XII murió el año 964. Los romanos eligieron como sucesor a Benedicto V (964), quien murió exiliado en Hamburgo (966) sólo un año después que León VIII, al que el emperador había conservado.

Otón tiene una concepción universal del imperio, y se orienta principalmente por Carlomagno. Entendió, pues, el imperio como una participación sacramental en el sacerdocio eclesiástico. Ayunaba siempre la víspera del día que iba a llevar la corona. La que utilizó tal vez el año 962 (Viena, tesoro civil) muestra en su estructura, en su programa escultórico, en las piedras preciosas y en las inscripciones la teología de este imperio. El poder de Otón abarcaba Alemania, Borgoña e Italia, el imperio romano de los siglos venideros. El juicio al que fue sometido el papa el año 963 contradecía la inmunidad pontificia. El abuso de autoridad del emperador despertaría más tarde la oposición de los amigos de la reforma.

Al igual que su padre, Otón I (973-983), casado con la princesa bizantina Teofanu, trató de vincular estrechamente Italia al imperio. En la nobleza romana, los Crescencios (Crescencio I, hijo de Teodora la Joven) se hicieron con el mando y elevaron a la silla de Pedro a Bonifacio VII (984-985), al que desplazó Benedicto VII (974-983), elegido bajo la

influencia imperial. Otón I fue a Roma el año 981, fracasó su ataque a los árabes en el sur de Italia (982), y sus adversarios se dejaron sentir. Murió de malaria en Roma al poco tiempo de haber conseguido que su canciller Pedro de Pavía fuera elegido papa con el nombre de Juan XIV.

Otón III (983-1002), que había sido elegido rey cuando contaba sólo tres años de edad, debió la conservación de la corona al arzobispo Willigis de Maguncia, que fue su regente. Bonifacio VII, que había vuelto de Constantinopla, hizo que su adversario muriera de hambre en la prisión, pero él mismo sufrió una muerte repentina (985). Crescencio II, al igual que Alberico II de Espoleto, ejerció la soberanía civil, dejando para el papa Juan XV (985-996) sólo la soberanía espiritual. El papa pidió ayuda contra él a Otón III, pero murió antes de que éste llegara. Los romanos dejaron el nombramiento del papa al joven monarca, quien elevó a la silla de Pedro a su primo Bruno de Carintia, de 24 años de edad, como primer papa alemán. Este tomó el nombre de Gregorio V (996-999). Y aquél fue coronado emperador por éste. Un sínodo organizado por el papa y el emperador llevó a cabo una reforma intensa.

Tras la marcha de Otón, Crescencio nombró papa, contra Gregorio, al griego Juan Filagato, con el nombre de Juan XVI (997-998), pero el emperador no se quedó con los brazos cruzados e impuso duros castigos (998): ceguera y enclaustramiento para el antipapa, decapitación de Crescencio y de otros levantiscos. Otón permaneció entonces en Italia, y elevó al docto Gerberto de Aurillac, antiguo profesor suyo, a la sede pontificia. Era el primer papa francés y se llamó Silvestre II (999-1003).

El sueño de la renovación del viejo imperio romano, sueño al que se entregó el «nuevo Constantino», junto con el «segundo Silvestre», fijando su residencia en el Aventino y adoptando el ceremonial y la teología imperial de Constantinopla, era completamente anacrónica, y no tenía en cuenta que la base para el imperio sólo podía ser el reino alemán. Un levantamiento expulsó a ambos de Roma (1001). El emperador murió a la edad de 22 años en Paterno (su tumba está en Aquisgrán) y el papa murió al año siguiente. En consonancia con sus concepciones, la Iglesia de Polonia y de Hungría no fue subordinada al imperio sino a Roma.

El último emperador de la dinastía sajona, Enrique II (1002-1024), se situó de nuevo sobre la base real de poder, y desarrolló aún más el sistema eclesiástico-imperial. En Roma gobernaba Crescencio III, y, tras su muerte (1012), la familia de los condes de Túsculo. El papado parecía haberse convertido en propiedad familiar, pues se impusieron sucesivamente tres miembros de la familia, laicos hasta entonces y bastante mundanos. Cuando el tusculano Benedicto VIII (1012-1024) se enfrentó a Gregorio, candidato de los crescencios, ambos se dirigieron a Enrique, quien se decidió por Benedicto; éste coronó a Enrique y a su esposa Cunegunda el año 1014. Benedicto no sólo consiguió grandes éxitos en la lucha contra los

sarracenos, a los que echó de Cerdeña, sino que, juntamente con el emperador, lleno de ideas de reforma, obtuvo grandes logros también en la reforma eclesiástica. El sínodo de Pavía (1022), organizado por ambos, prohibió —sobre todo para asegurar los bienes eclesiásticos— el matrimonio de los sacerdotes bajo pena de deposición. Al obispado de Bamberg, fundado por Enrique, deben éste y su esposa Cunegunda el ser venerados como santos. La esterilidad de Cunegunda, debida a una enfermedad del emperador, fue elevada por la leyenda a virginidad de la emperatriz. Ambos descansan en el mausoleo situado en el centro de la catedral de Bamberg.

Conrado II (1024-1039), el primer emperador salió, continuó la línea de Enrique y promovió la reforma monástica. Son completamente injustos los reproches de un carácter laico y de desvergonzada simonía. A decir verdad, no intervino en Roma, donde los tusculanos elevaron al solio pontificio al adolescente e indigno Benedicto IX (1032-1046).

Enrique III (1039-1056), hijo de Conrado, llevó a su consumación el sistema eclesiástico-imperial, promovió la reforma monástica y se esforzó por la «tregua o paz de Dios». Cuando, en Roma, el insensato Benedicto IX, como consecuencia de un levantamiento, se encontró con un antipapa en la figura de Silvestre III (1045), renunció a favor del arcipreste Juan Graciano, quien, con el nombre de Gregorio VI (1045-1046), se convirtió entonces en el tercer pretendiente. En un intento de exculpar a Juan Graciano por haber dado dinero para conseguir el papado, se señalaba como móvil de tal comportamiento el deseo de liberar a la Iglesia de Benedicto IX. No obstante, éste no se dio por vencido. Los amigos de la reforma pidieron entonces ayuda a Enrique III.

El rey puso fin a aquel caos en su viaje a Roma del año 1046: depuso a Silvestre III y desterró a Gregorio VI en el sínodo de Sutri, y depuso a Benedicto IX en el sínodo de Roma. De nuevo quedó en ridículo la inmunidad del papa. Además, se eligió como papa a Suitgero de Bamberg, al que Enrique III había nombrado obispo siguiendo la reglamentación de Otón el Grande, del año 963. Suitgero tomó el nombre de Clemente II (1046-1047) y coronó emperador a Enrique. Nada tuvieron que objetar a todo esto destacados futuros defensores de la reforma de la Iglesia, como Gregorio VII (1073-1085). Mediante aquellos hechos se perseguía la reforma de la Iglesia, que, con Clemente II y los papas alemanes que le sucedieron, había alcanzado al vértice de la Iglesia.